

• Hay buenas novelas para hundir la cabeza y no sacar los ojos de ahí mientras dure el generoso impulso que nos llevó a dicho alivio.

POR JOYCE VENTURA NUDMAN

Sentir ganas de cortarse la cabeza es comprensible; el repertorio temático que nos persigue como moscas a las fecas, sobre todo si la vida no es muy acontecida (lo cual se agradece porque en esto mejor menos que más), es básicamente uno sólo. Peor para quienes sufren de trastornos obsesivos. Ningún medicamento sirve para atacar pensamientos que se asoman compulsivamente sin la menor compasión.

Como la filmografía de un cineasta que casi siempre apunta a las mismas ideas, o como un actor que hace mejor cierta clase de papel, o un escritor que busca la forma de escribir sobre aquello que lo preocupa, igual sucede con las personas; lo que extraemos de la realidad lo recubrimos casi siempre con el mismo papel. Son características que se nos aparecen en forma grotesca. Cosas que parecen faltar o sobrar en los otros. Por ejemplo, puede que la injusticia nos produzca un desagrado profundo. Tanto, que de un acontecimiento dado, por pequeño que sea, percibiremos sólo esa falencia. No nos interesará para nada el hecho que la aceptación de la injusticia pueda deberse a la necesidad de conservar algo que con justicia se perdería. Aunque se nos muestre aquel otro aspecto, no es aquello lo que nos conmoviera.

Tenemos inscrita cierta forma de relacionarnos con el mundo, que la historia personal y los genes han ido determinando y no hay modo de salir de esa espiral. Ni siquiera es posible anularnos completamente al leer o escuchar a otros, porque entonces también nos gatillan ciertos conceptos con los que concordamos. Como esos párrafos que releemos, subrayamos o memorizamos porque contienen lo que nos parece un calce perfecto con nuestra forma de pensar.

Cuando surge ese impulso irracional de cortarnos la cabeza, no por que duela sino porque ser nosotros mismos puede cansarnos profundamente, la

lectura surge como un paliativo. Aun sin conseguir con ello neutralizar nuestro sistema valórico, y pese a que de la lectura continúan resaltando, como las malas películas de tres dimensiones, ciertas cosas y no otras, al menos podemos distraer nuestra atención a otros asuntos.

Es la alquimia del verbo; pasa a ser otro el que piensa por nosotros, deja de ser nuestra historia la que se cuenta. Es otro el que se toma el trabajo de hablar.

En "El secreto" (TusQuets, 2005), habla Philippe Grimbert, cuyo apellido sus padres, renegados, prefirieron transformar para que pareciera francés cambiándole la n por la m y la g por la t. Especializado en psicoanálisis, Grimbert nació en París en 1948 y, si como apuntan fechas y nombres, su historia se parece un poco a la del protagonista, la novela resulta más interesante aun.

En Francia, la labor de destrucción emprendida por los verdugos en el Holocausto prosiguió en el secreto de muchos judíos que no se atrevieron a volver a vivir entre gentiles sin serlo y escondieron cicatrices y apellidos, camuflándose entre los demás: "Aun vencido, el enemigo seguía triunfando", dice Grimbert. Pero los secretos no pueden guardarse eternamente. La verdad busca rendijas que son rostros cuyas reacciones inesperadas acusan que hay algo que no se conoce.

Una noche dan por televisión una película sobre el Holocausto. Este será el primer asomo de verdad para Grimbert, quien no ha visto nunca antes, ni en fotografías, las manchas pálidas de cuerpos que apenas se recortan sobre el fondo gris de los barracones. Luego, otra película exhibida en el colegio genera en él una reacción sanguínea tras la cual golpea a un muchacho que se ríe de los abusos nazis y del deshonor judío. Sanguínea, porque aun no sabe de sus antepasados. Pero al contarle el suceso a una amiga de la familia, ella, conmovida por esta reacción visceral del muchacho, le contará todo.

Cuando de a poco se va enterando

de las vivencias de los judíos, que además eran sus parientes, va conformando una especie de texto; una secuencia en que cada nueva información va buscando un lugar donde ordenarse. Así logra reunir ciertas imágenes; de personas que de acostumbradas a tenerlo todo se ven de pronto con un pedazo de pan muy delgado en las manos, o de otras que recogen bultos del suelo para salir de la ciudad bajo el ojo expectante de un policía. Pero toda esta

lidad era reunir a las familias".

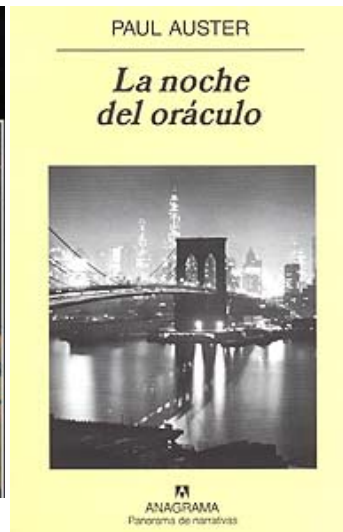
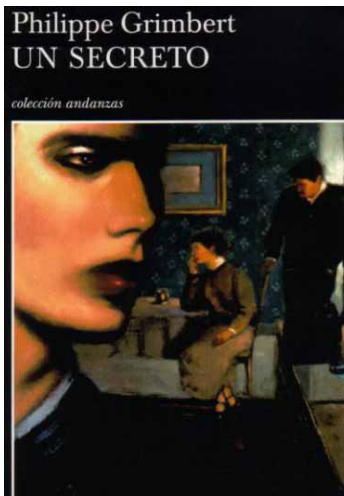
En "La noche del oráculo", (Anagrama, 2003), la excelente novela de Paul Auster que funciona como una de esas muñequitas rusas donde de la más grande va apareciendo otra y de ella otra, relata un episodio parecido que aborda la misma necesidad de hacer palpable la historia. Ed, un taxista jubilado a quien conoce el protagonista de la novela, tiene una guía telefónica de 1937/1938 de Varsovia, que, como es de imaginar, está repleta de nombres de los judíos que desaparecieron en el Holocausto. Ed colecciona este tipo de cosas pues cuando le tocó liberar Dachau se prometió no olvidar lo visto: "Había que estar ahí y olerlo directamente, había que estar ahí y tocarlo con las manos. Seres humanos hicieron aquello a sus propios semejantes, y lo hicieron con plena conciencia de lo que hacían". Tras liberar el campo, trabajó como cocinero, donde fue testigo de las muertes de sobrevivientes que comían hasta que se les reventaba el estómago y entonces morían.

En "La noche del oráculo", en el relato del cual se origina el anterior, el escritor Sydney Orr, de 34 años se recupera, deambulando por la ciudad, leyendo en los cafés varios diarios a la vez, de una enfermedad que lo tuvo al borde de la muerte. Un día, en una tienda llamada El palacio de papel, encuentra un cuaderno azul de origen portugués donde comienza a escribir una novela sobre un editor, que a su vez tiene un manuscrito que estudiará titulado La noche del oráculo. Hasta aquí ya tenemos tres relatos diferentes. Además hay saltos a otros momentos de su vida o explicaciones relevantes, ubicadas como notas al pie de página. Se trata de una novela posmoderna. Pero Auster da un paso más allá de los deconstructivistas que apuntan a fijarse en los detalles donde se ubicaría lo verdaderamente importante de un texto; pues ya que sabe esto, escribe conscientemente lo importante en los márgenes. Al mismo tiempo, los límites entre la realidad y la ficción se desmoronan. De una idea literaria que irá desarrollando en su cuaderno, va a develar el secreto que esconde su mujer.

Como cuando al soñar somos alterados por algo que ocurre en el exterior e intentamos encajarlo, por lo general forzosamente, de modo que se disponga con cierta lógica dentro del sueño, asimismo la realidad va transformando la ficción en esta novela en que el escritor se ve impelido por los hechos que vive.

También la ficción se mezcla con la vida del lector; la suaviza y le concede recursos frente a la construcción estricta de la realidad inmediata que lo abruma con su enorme peso.

Para pasar a segundo plano



información es poca. Nada de lo que le digan logra saciar la necesidad de saber más. Deberá contrastarlo con algo palpable. En este caso, los registros con los nombres de los judíos franceses enviados a los campos de concentración. Grimbert descubre un censo completo de las víctimas del nazismo en el que es posible encontrar el nombre de cada deportado, el número y el destino del convoy donde había sido transportado, la fecha de su llegada al campo y, si no había sobrevivido, la fecha de su muerte. "El número de su convoy, la fecha de su muerte: meros hechos, cifras. Tras leer el registro, los acontecimientos sobre los que había elaborado mis hipótesis cobraban extraordinario peso real".

Así Grimbert relee una y otra vez los nombres de quienes compartieron el convoy con sus parientes. Personas "que habían conocido como ellos la oscuridad de un vagón sellado, el horror de la promiscuidad. Nombres de hombres, de mujeres, nombres de niños, cuya deportación había autorizado el presidente Laval, alegando que la fina-

Oportunidades de inversión



Kayco International Group

LOS PROBLEMAS DIFÍCILES LOS SOLUCIONAMOS DE INMEDIATO.
PARA LOS IMPOSIBLES, PODEMOS DEMORAR UN POCO MÁS.

Propiedades con contratos de arriendo vigentes y rentabilidades superiores a UF+ 10% anual. Locales, oficinas, galpones y departamentos arrendados a multinacionales y empresas Prime.

- Edificio con contrato de arriendo a 10 años. Valor US\$ 7.000.000.
- Cantagua: Casa nueva de lujo, amoblada, 350/1.500 m², vista al mar. Terreno vecino 1.500 m² con parque.

Contáctenos: teléfonos 6333532 - 6339351, Huérfanos # 757, Of. 703
website: www.kayco.cl • E-mail: mkaplun@terra.cl

CASAS

UF 3.970 ECHENIQUE / LOS LEONES, bungalow, 92/330 m², pisos parquet, 3 dormitorios, 2 baños, taller.

UF 6.060 DIEGO RUTAL / FRANCISCO DE AGUIRRE, bungalow, 3 dormitorios, servicios, calefacción, piscina.

UF 6.170 CARDENAL NEWMAN / EL ALBA, acogedor bungalow mansarda, 168 / 330m², 4 dorm, 3 baños, servicios, piscina.

UF 8.265 EL CERRO / LOS CONQUISTADORES, bungalow mansarda, remodelado, 5 dormitorios, estar, servicios, calefacción.

Alonso de Córdova 6052 **Alaluf** www.alaluf.com
211 78 00

Safra National Bank of New York

Private Banking

"If you choose to sail upon the seas of banking,
build your bank as you would your boat.

With the strength to sail safely
through any storm."

Jacob Safra

Oficina de Representación en Chile: Edificio Millenium, Vitacura 2939 - Oficina 2501 Santiago Tel: 562- 550-5555 www.safra.com